

¿Para qué sirven las humanidades en la educación contemporánea?*

ALVARO ROJAS DE LA ESPRIELLA**

Cuando se trata el tema de las humanidades son muchos los conceptos que acuden a enriquecer este aspecto de la Universidad contemporánea.

No entraña ninguna dificultad reconocer el parentesco y familiaridad que con las humanidades tienen los conceptos de cultura, ciencia, civilización, progreso, humanismo y otros con los cuales la valoración de la vida social debe hacerse.

Nosotros bien sabemos —y lo hemos discutido de tiempo atrás— la dificultad que presenta nuestro medio para darle una acogida sin reservas a las humanidades. Hay un comprensible afán por descartarlas del currículo considerándolas impertinente presencia en medio de tanta inquietud profesional.

Nada de explicarnos el horizonte social del conocimiento. Nada de ver su propio agotamiento. Nada de ver su dialéctica interna. Nada de ver su propia superación. Nada de ver su aplicación al medio donde vivimos. Que la carrera sea a la carrera.

* Conferencia dictada en el Aula Máxima de la Universidad Central a los estudiantes de la Institución.

** Escritor, profesor universitario, decano del Departamento de Humanidades de la Universidad Central.

Pero hay que tener en cuenta que sin las humanidades las áreas del conocimiento estarían dispersas, atomizadas en pequeños espacios. Y además sin aliento cultural alguno, ni sustento histórico-social valedero.

Hace ya algún tiempo, dentro del marco de nuestras discusiones en la Universidad Central, afirmábamos que: "La ciencia, la cultura, el conocimiento en general no son esferas de abstracta autonomía. Operan dentro de un sistema de relaciones sociales muy concretas que pueden llevar a consecuencias sociales imprevistas y hasta adversas, de acuerdo con el rumbo que reciban. En cambio, qué distinto es el panorama cuando la fuerza de una cultura asida a la radicalidad de la vida está presente en el fondo del proyecto científico o en el espíritu de los hombres".

"Sin aliento cultural y humanístico los conocimientos impartidos por la Universidad quedan reducidos a fórmulas artesanales que se repiten sin cesar, empíricamente, sin capacidad crítica, sin sentido de la superación y, lo que es más grave, sin la perspectiva del hombre real, fin de todas las cosas". . . "El problema del hombre adquiere particular relieve en los grandes períodos críticos de la humanidad, como el que actualmente vivimos. La cultura, el humanismo, las humanidades adquieren un especial sentido en nuestros días. Es una época que exige poner en tensión todas las fuerzas del hombre"¹. Este era nuestro pensamiento de hace un tiempo y lo sigue siendo ahora.

La universidad y la educación necesitan poseer un estatuto teórico que la defina. Piénsese en la carencia de ideas responsables ante la complejidad del mundo actual. No estamos, acaso, rodeados de incommensurables interrogantes acerca de nuestro futuro? Estamos en posesión de un instrumento conceptual y afectivo que nos permita construir ese futuro?.

El conocimiento en el mundo actual pierde su significación y su sentido creador si no se fundamenta también en principios éticos que sirvan para su aplicación. Pueden, en atención a estas razones, comprometerse la universidad y la educación con la desvalorización del medio?.

1. *Hojas Universitarias* No. 7 junio de 1978 p. 18.

“El hombre es el mundo del hombre”, pensaba Marx. Pues bien, haciendo resaltar tal pensamiento podemos preguntarnos: ¿qué hace el hombre sin mundo pleno? Y entonces aquí debe hacerse una reflexión sobre el destino del mundo actual, incluido de manera capital el hombre, tan al borde de su propia destrucción. No sólo por la amenaza nuclear, sino por la destrucción de la vida, ecológica, ambiental y social. Vale la pena, sí o no, modificar todo esto?.

Tal vez la confusión que existe, superficialmente, acerca de la falta de significación y valor de las humanidades, del humanismo y de la cultura espiritual en general, obedece a la confusión que impera entre nosotros los colombianos. Nuestra sociedad está confusa, caótica, por eso nosotros estamos desvalorizados, perplejos, con la necesidad de diseñar una vida nueva. Ese deber que aparece en los momentos más caóticos de la sociedad es el más precioso don del humanismo. Necesitamos algo en qué creer y en quién creer. Estamos en gran medida limitados, por eso somos defensores exacerbados de lo individual: pero por ser limitados es por lo que debemos mirar hacia el género humano para salvar los escollos presentes. Es así que pensamos en un humanismo genérico.

Quiero, a partir de lo que nosotros hemos trabajado bajo la categoría humanismo, derivar el concepto de humanidades. Para nosotros el humanismo es enfrentar las realidades y las necesidades humanas con sentido crítico, es decir, con un sentido que supere todo lo que detiene el progreso. El humanismo que nosotros necesitamos, particularmente en América Latina, es el que de el impulso para lograr lo posible dentro de un optimismo racional. El que permita hacer sentir al hombre latinoamericano el disfrute de la vida en comunidad con sus semejantes y hacerlo dueño de sus propiedades, así como posibilitarlo para superar todas las alienaciones que la historia le ha impuesto. Ya estamos pensando que América Latina es una reserva del humanismo en el futuro.

Esto equivale a hablar de una forma democrática del humanismo. Toda América Latina unida, tras el pensamiento de Bolívar, en torno a un orden nuevo, donde los pueblos de nuestros países asimilen la cultura del mundo y de la historia al calor de la propia, dando una nueva dimensión al mestizaje, sin sentimientos de colonizado ni menos de conquistadores, para que los latinoamericanos podamos vivir en “nuestra casa”, con la medida de nuestras necesidades y nuestra imaginación, expresadas en nuestra lengua.

Mariátegui escribió al respecto que: "Hispanoamérica, Latinoamérica, o como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Ese orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. . . el porvenir de América Latina es socialista"².

Humanismo generoso, universal, ajeno a nacionalismos encogidos, humanismo que ve a la humanidad más que como hermana, como propia. Universal en el mejor sentido. Con los vientos internacionales y la presencia de la ciencia y la técnica contemporáneas, habrá en América Latina una expresión superior del humanismo, de irradiación universal, que va a exteriorizar la propia entraña, fruto de sustanciales cambios de nuestra "condición humana" antecedidos por nuevas categorías ideológicas.

Un primer criterio, respecto a las humanidades, debatido en la Universidad Central consiste en aceptar que estas no son, no radican en ser una cátedra más. Lo que circunscribe el campo humanístico no tiene un contorno cuantitativo, ni programático, ni horario. Nuestro punto de partida sobre las humanidades consiste en que deben potenciar las capacidades del hombre frente al conocimiento, a la sociedad y a la vida. ¿Debe entonces la universidad ser solamente generadora de conocimientos y destrezas profesionales o, ante todo, ser una fuente cultural? Pensamos que ningún conocimiento tiene plena validez en el mundo contemporáneo si no lleva un sustento cultural y un contenido ideológico. Es por ello que el exagerado profesionalismo, que es la negación del proyecto cultural, nos parece una deformación del conocimiento y de la personalidad. Así, el profesional, cualquier profesional, tiene el derecho, que quiere negarle la sociedad de consumo, de ser persona con amplia participación cultural en obediencia a que su actividad es reflejo y expresión de la organización de determinado tipo de sociedad. Hay que tener en cuenta que la cultura en América Latina es fruto de una reivindicación política. Que la comunidad acepte, pues, que cualquier profesional debe tener participación en el debate de los problemas políticos y sociales. "Hay dos pensamientos que quiero destacar: uno, del maestro Manuel García Morente, el cual asegura que 'el especialista, que no es más que especialista, no es ni siquiera especialista', y el otro es del doctor Marañón, médico y humanista español, que dice 'El que sólo sabe de medicina, ni de medicina sabe'"

2. J.C. Mariátegui. *Obras completas* T.IV. Lima 1970 p; 164.

Habida cuenta de la internacionalización de todas las formas de la vida en el mundo actual, las profesiones y disciplinas no pueden estar sujetas a la servidumbre tecnocrática, antes bien, deben convertirse en seres vivos, capaces de enfrentar toda clase de desafíos y alienaciones.

Al lado de la actitud culta que merece toda disciplina del conocimiento debemos valorar el significado actual de las ciencias sociales, particularmente en el marco de América Latina. Cultura y ciencias sociales puestas en un mismo nivel humanístico y humanizante, dado que las ciencias de sociedad, como reflejo de las leyes que la rigen, deben pertenecer al manejo de todos los hombres desde el ángulo específico de sus actividad profesional para orientarlos hacia una vasta concepción política del mundo. Es necesario comprender entonces por qué la persecución que hacen determinados sectores a las ciencias sociales, lo cual obedece a que son ciencias críticas, polémicas, y, por ende, eminentemente políticas.

Las leyes de la vida social, recogidas por la ciencia, dan el conocimiento de lo que el hombre y su mundo son, de sus perspectivas históricas, de su responsabilidad como sujeto histórico. El humanismo científico considera que el sustrato, la esencia social, es la actividad el hombre y que la solución de las grandes necesidades sociales no puede programarse al margen de la conciencia humana.

“La sociedad misma, así como produce al hombre como hombre, es producida por él” escribió Marx³.

Ahora, todo lo decimos en atención a que si asumimos una actitud ética frente al problema del humanismo, el valor primero y último de todo lo existente son el hombre y su creación. El hombre entendido como un fin de la producción y no como un medio de la misma y a su vez él como el primer productor. Del hombre hay que entender la riqueza de su personalidad y la capacidad que esta tiene para producir y transformar creadoramente la vida y participar gozosamente de ella. Tal es un don de la cultura.

De otra parte, nosotros consideramos que el papel actual de la ciencia ha cambiado la noción que del mundo se tenía, debido a

3. C. Marx. *Manuscritos de 1844*. Ed. Estudio. Buenos Aires 1972 p. 133.

que dicho rol se ha convertido en un hecho económico estructural. Lo vemos, por ejemplo, en el problema de la paz y la guerra, problema fundamental del mundo contemporáneo.

Si los hombres no califican ese problema en su gran dimensión es porque han perdido toda noción de la creatividad humana y del valor de sí mismos. Es un problema que penetra y rige la vida cotidiana en forma tal, que debe asumirse ya como una forma de conciencia social. Ante tal acrecentamiento de la aplicabilidad científica, la responsabilidad de los trabajadores de la ciencia y junto con ellos todos los universitarios, se agiganta como nunca antes en la historia. Debemos tener en cuenta que el progreso tecno-científico ha traído y ha creado fuerzas de destrucción antes insospechadas: no se había visto nunca que el futuro de la humanidad dependiera tanto de las decisiones de los hombres y de su actividad consciente.

Los grandes desafíos científicos, la tecnología más desarrollada, pierden su eficacia si no hay hombres y mujeres con gran responsabilidad ética y desplegada capacidad cultural.

Esto nos lleva a pensar que la universidad tiene que suplir lo que no da la sociedad a los hombres. En la sociedad colombiana hay muchas cosas que se le impiden a los hombres; entonces, la universidad tiene que entrar a suplir estas deficiencias. Por eso, la estructura universitaria de América Latina tiene un carácter distinto de la estructura universitaria de otras latitudes.

Los problemas, por ejemplo, concernientes a las relaciones de la naturaleza con la sociedad, a la posición ante el desarrollo histórico y la creación cultural, a la vida interior de los hombres, a su vida espiritual, a la actitud ante sí y ante los demás, la universidad se ve forzada a asumirlos aún a riesgo de entrar en conflicto con la propia sociedad. Todos estos problemas, acrecentados al máximo en la sociedad contemporánea, no pueden ser resueltos mientras existan fuerzas que disminuyan la conciencia del hombre, demeritando su valor racional y humano; es decir, hagan de él un hombre degradado, como ocurre por ejemplo, en la sociedad de consumo, donde los valores quedan totalmente marginados. Así, el factor humano adquiere creciente importancia en la regulación de los procesos de la sociedad actual.

Los efectos sociales de la ciencia, su aplicación y consecuencias, la proyección que adquiere ésta, parten del alto desarrollo anticipado intelectual y moral que debe tener el hombre moderno. Ya se sabe que hoy no hay vida nacional aislada. La mutua acción informativa de los acontecimientos mundiales, la economía y la cultura internacionalizadas, obligan a la participación de enormes multitudes en toda clase de eventos del mundo, a lo cual cabe agregar que las necesidades tecnológicas industriales adquieren hoy también carácter universal.

De toda esta consideración nace un nuevo sentimiento de participación, de responsabilidad, de compromiso si se quiere, que invita a cada individuo, a cada uno de nosotros, a sentirse vinculado al futuro y al porvenir de toda la humanidad. Por ejemplo, ese es uno de los valores de quienes luchamos por la Paz: el compromiso que tenemos como individuos frente al porvenir de la humanidad.

¿La universidad debe prohibirse a sí misma, censurarse la capacidad de aportar elementos, ideas y principios que sirvan de soporte al destino de su propia sociedad, al destino de la sociedad en la cual existe? En las condiciones actuales de nuestras sociedades, particularmente de las latinoamericanas, el enriquecimiento y agudización del instrumento crítico por parte de la universidad es para negar, sirviéndonos de éste, todo aquello que nos impida pasar de objetos históricos a sujetos históricos y elaborar los fundamentos para un conocimiento más profundo del hombre.

Ya no estamos en la necesidad de justificarnos culturalmente ante nadie para estar a tono con el mundo y con la hora. Si la universidad es un baluarte de la autenticidad cultural del país, esa autenticidad origina un sentimiento democrático efectivo, una valorativa nueva ante la caducidad de las formas neocoloniales de la cultura. Esa es una de las concepciones que debemos hacer valer dentro de un humanismo contemporáneo. Ahora, si en otras latitudes, la universidad ha crecido en armonía con su propio país, entre nosotros la situación es de signo contrario.

El flujo contemporáneo de las ideas conmueve a nuestra institución universitaria en tal grado que en el aspecto científico la distancia de la sociedad que le engendra.

Además, consideramos que en las humanidades deben tener cabida las ideas que debate la sociedad contemporánea, con un sentido

polémico, con un sentido crítico, precisamente para superar el profesionalismo. Si nosotros aceptamos las ideas que se debaten en el mundo contemporáneo como propias, entenderemos cómo los objetos de conocimiento de cada profesión desembocan en una posición filosófica. De otra parte, con las humanidades se busca llegar a plantear el problema de la identidad cultural colombiana como parte esencial de la liberación ideológica, precisamente por ser cátedras esencialmente críticas. Las cátedras humanísticas tienen que entenderse bajo este rótulo: críticas, transformadoras, de acuerdo con la profesión en la cual estén inscritas. No son lo mismo las cátedras humanísticas en las carreras de derecho o de psicología que en arquitectura o química.

De otra parte, en Colombia, las cátedras humanísticas deben ventilar el gran problema cultural, y poseen también un carácter reivindicativo. La cultura no la da el sistema espontáneamente, como en otros sistemas. La cultura es una conquista que tienen que hacer nuestros pueblos. Por eso las humanidades han de dar al estudiante colombiano una potenciación que le permita asir su destino histórico dentro de un gran proyecto democrático, es decir, dentro de un gran proyecto de realización de todas sus posibilidades de su personalidad socialmente valiosa y creadora, que le haga superar la estrechez profesional para participar de la vida universal. No son lo que se piensa tradicionalmente, con ánimo caricaturesco, un rincón del conocimiento, un remanso plácido de las ideas, sino que las humanidades sirven y deben servir para reafirmar la ubicación del estudiante colombiano: no dan brillo, sino conciencia.

En reciente entrevista el poeta Evgeni Evtushenko ha dicho algo muy cierto: "El título deja de ser un indicador del nivel cultural cuando sólo sirve para acreditar el derecho a ejercer una profesión. Pero la cultura no es una profesión, sino una forma de concebir y entender el mundo en su compleja integridad"⁴

Ahora bien. Nosotros hemos concebido la universidad como un gran diálogo, como un debate permanente que permita el espacio para una confrontación civilizada de todas las ideologías contemporáneas; a fin de que la gente, y los estudiantes particularmente, sepan cuál es la más benéfica a las necesidades del pueblo colombiano.

4. Entrevista a Evgeni Evtushenko: *El Derecho a la Diversidad*. Magazín Domini- cal, 22 feb. 1987. Bogotá.

Después de las anteriores consideraciones, se hace necesario destacar que las humanidades tienen la función de enriquecer el valor del humanismo en el mundo contemporáneo. Es decir, sentar las relaciones que tienen con el humanismo.

El humanismo debe enfrentar las realidades humanas, las necesidades humanas, y todas las fuentes de que puede servirse el hombre para acrecentar su estatura frente a la naturaleza y a las sociedades opresoras. O sea que el valor del humanismo es enfrentar con sentido crítico los desafíos de la vida, superarlos y superar todo lo que detiene el progreso individual y social.

El proyecto del humanismo contemporáneo posee un gran vigor encaminado a lograr la realización del destino individual y hacer sentir al hombre el disfrute de la vida en comunidad con sus semejantes, hacerlo dueño de todas sus propiedades y posibilitarlo en superar todas las alienaciones.

Retomando una idea antes expuesta: el profesionalismo acerca al conocimiento. Da un conocimiento o una destreza. Logra algo a través de un profesor, de unas lecciones, de un método. Tiene una extensión: es cuantificable. Puede modificarse, enriquecerse, variar con la época, con el lugar. Así es, pero se puede conocer, más no saber, no tener el saber de lo que se conoce, es decir se puede estar carente de actitud crítica y de experiencia vital y universal.

La cualificación da el saber, que es una actitud proyectiva ante el hacer y el conocer. El saber no lo da un profesor ni unas lecciones, es el fruto de la experiencia vital, de la actitud universal, de la conciencia hacia el mundo.

El humanismo, a más de la actitud crítica, debe desarrollar la capacidad valorativa. El valor es una categoría filosófica fundamental de tal magnitud que el mismo conocimiento que se adquiere necesita ser valorado. Los conceptos originados por el valor están presentes en la ética, la estética, la política, el derecho, la ciencia, la epistemología, etc. Así pues el concepto de valor supone un sujeto que valora, bien sea un individuo, un grupo social, una clase social, o el hombre en general.

Cuando algo es un valor para un sujeto quiere decir que este valor es un objeto (una cosa, el estado de una cosa, una acción, una idea,

un problema) cuyas cualidades y propiedades satisfacen determinadas necesidades (del conocimiento, de los sentimientos, del trabajo, de las relaciones etc.) es decir que el problema del valor afecta toda la vida del sujeto.

El hombre es un ser activo cuya libertad crece, es construída, a medida que aumentan su saber y su control sobre los factores externos. La madurez humana es la responsabilidad moral para elegir conscientemente entre varias alternativas y calcular sus efectos.

El bienestar material es un medio, una condición para liberar diversas formas de la miseria. Pero el fin del hombre no es la cantidad de bienes materiales que posea, sino una vida rica por sus contenidos afectivos, intelectuales, espirituales, etc.

La actividad conscientemente encaminada a un fin comprende la existencia de un mundo de objetos independientes del hombre y de su conciencia. El conocimiento de tales objetos es el resultado de nuestra experiencia práctica, de la explicación y descripción de la experiencia que hemos alcanzado. Pero el hombre, apoyado en las cosas existentes, piensa en objetos que no existen y lo hace en función de sus propias necesidades.

Es imprescindible decir entonces que la situación del hombre actual, aún con el progreso de la ciencia y la técnica, es en grado sumo difícil. La alienación cubre todos los aspectos de la vida humana, lo cual equivale a decir que por la alienación se está privado de todo lo que el hombre puede y debe ser. Los ideales humanos aparecen del contraste entre la realidad presente —lo que es— y la realidad anhelada —lo que debería ser—. De tal manera, la conciencia crítica surge de la conciencia de lo negativo, de lo limitado, de todo lo que puede y debe ser superado en favor del futuro.

Consideran los mejores expositores del humanismo contemporáneo que el más alto logro humanista es la supresión de las alienaciones, la emancipación de la opresión y la pobreza.

La filosofía del humanismo tiene como problema central el lugar del hombre en el universo: sus relaciones, reales y posibles, con la naturaleza, con los demás y con la sociedad global; y consigo mismo.

También por esto hay que señalar que la actividad del hombre debe posibilitarse para encauzarla en orden a construir la libertad. El humanismo, como dijimos, supone la capacidad para superar toda alienación de la actividad, entendida aquella como limitación de lo que se debería y podría ser: libre, creador, desarrollado, social.

La actual civilización industrial posibilita una vida rica y plena de bienes. Pero tales riquezas no son aprovechadas con la plenitud que el hombre de finales del siglo XX requiere. La sociedad hoy tiene que emanciparse de muchas de las fuerzas negativas que la oprimen, no sólo política, sino ética, cultural, social y económicamente.

Las fuerzas materiales no son aprovechadas por la humanidad en consonancia con su poderío. Aún existen grandes males y necesidades sociales. Predomina la necesidad de poseer. La posesión es hoy símbolo de status, pero no es un medio para realizar valores reales. Se ha llegado al caso de que en la actual civilización industrial, el hombre no es rico en necesidades, sino en la sola necesidad de poseer.

Ha aumentado su nivel de vida, pero no ha hecho más humanas las relaciones entre los hombres y las clases sociales. La civilización industrial ha hecho que se superen las distancias espaciales y temporales entre los hombres, hay muchos indicios de integración en todos los aspectos de la vida, pero a su vez existen grandes fuerzas desintegradoras. El profesor M. Markovic piensa que "La idea de la humanización del mundo presupone una determinada concepción antropológica: ¿Qué es el hombre, cuál es su naturaleza, qué quiere decir una existencia auténtica, qué significa vivir una vida verdaderamente humana?"⁵.

Característicamente esencial del hombre es su energía creadora. Pero, de otra parte, su capacidad de destrucción ha demostrado a esta altura del siglo que esta excede a su fuerza creadora.

Como ser social el hombre anhela vivir en sociedad, en una comunidad humana, producir y recibir —dar y ser reconocido—. Además

5. Mihailo Markovic. *Dialéctica de la Praxis*. Ed. Amorrortu Buenos Aires. 1968 p. 67.

es social porque todas sus cualidades son productos sociales: idioma, —modo y contenido del pensamiento— gusto —educación— valores.

El humanismo también comprende aquella fuerza que produce una dimensión del hombre que le permite servirse a sí mismo y servir a los estímulos o valores que propician todas las formas de creación: artística, política, científica, cultural, etc.

Los valores primeros hoy son los de mantener la vida y perpetuarlos como género.

Estas últimas consideraciones se entrelazan con la concepción actual de la cultura. La cultura se hace en —con y por la libertad—. La libertad, condición del florecer cultural, necesita de la responsabilidad, o sea de la capacidad para conocer las causas y medir las consecuencias de un proceder.

La personalidad culta es un modelo irrepetible que se desarrolla con la libertad interior que posee, y en relación con el libre compromiso que se hace consigo misma bajo el peso de su responsabilidad.

Aquí ya podemos afirmar que las humanidades mientras más robustas y fuertes sean, propician mejor una educación democrática y culta. Si por educación democrática entendemos aquella que hace aflorar los valores, las inquietudes, los pensamientos que hay dentro de cada individuo.

Las humanidades, en el marco de una educación democrática, estimulan el crecimiento de la personalidad para que se abastezca a sí misma, para que sea autosuficiente en el reconocimiento de sus intereses y capaz en la satisfacción de sus necesidades.

Las humanidades deben cumplir con el requisito de hacer que el sujeto piense por sí mismo, con su fuerza creadora individual. Como dice el dirigente húngaro Lénárd Pál: “La cultura siempre supone algún sistema de valores, fundamentado sobre una base ideológica. La aspiración de privar a la cultura de su aspecto ideológico es, en sí, una filosofía que niega las raíces sociales de la cultura y la priva de su función social progresiva, de su papel modelador del hombre y de la función que cumple para rechazar y

atenuar la alienación. Hay que ver claramente que, dependiente del carácter de un sistema social y de las relaciones de poder, tanto la cultura espiritual como la civilización técnica pueden estar, juntas o por separado, al servicio del progreso, o de lo inhumano, de las manipulaciones y del terror”⁶.

Nos atrevemos a sintetizar lo dicho anteriormente, así:

La primera acepción del humanismo es la que afirma la necesidad de una moral genérica: saber que somos hombres y que debemos perpetuarnos como humanidad.

La segunda es la conciencia plena de la posibilidad de cambiar el mundo, de ponerlo en consonancia con lo que necesitamos, así como la de cambiar también nosotros.

La tercera es la capacidad de afrontar la crisis contemporánea, donde lo primero que tiene salvarse son las posibilidades del hombre ya que su valor está en saber que: “nunca como ahora el futuro de la humanidad depende de las decisiones y los actos de los propios hombres”.

De tal manera el humanismo (y con él todas las disciplinas que lo enriquecen más directamente) se impone como tarea necesaria —no decorativa, orgánica, —de la vida social— y con él la gran tarea de una cultura nueva y democrática.

Todo esto para que el mundo del hombre sea más humano. No hay cultura espiritual ni material que valga si no posee un grado de humanización del individuo que la vivifique y la haga plena.

La cultura y sus bienes son aquello por lo cual los hombres han vivido y por lo cual entregan su vida muchas veces. Y para eso sirven las humanidades.

6. Lenard Pal. “Revista del Partido Socialista Húngaro” No. 1 1986 p. 37.